



# EL REY DE LAS SOMBRAS

*Fernando Moreno Espinosa*

HAY PERSONAS QUE NACEN CON LUZ Y  
OTRAS, SIN EMBARGO, NAVEGAN POR  
LA VIDA RODEADAS POR SOMBRAS.

# EL REY DE LAS SOMBRAS

FERNANDO MORENO ESPINOSA

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *El rey de las sombras*

© *Fernando Moreno Espinosa*

Edición publicada en noviembre del 2018

Diseño de portada y contraportada: *Alexia Jorques*

Maquetación: *Alexia Jorques*

*Porque es de noche, los emboscados cruzan de puntillas.  
Se oyen crujir las camas de los sueños inquietos.  
El insomne cuenta en silencio las grietas de la monotonía.  
Es de noche...*

*(Sigismondo: Alberto Cousté)*

*Miro la luna y me siento atraído por su misterio.*

*(Autor)*

*En la escala de lo cósmico, sólo lo fantástico  
tiene probabilidad de ser verdadero.*

*(De Teilhard de Chardin)*

*Cuando se lastima a un niño, una herida putrefacta se abre en el recuerdo imborrable del paso de los tiempos.*

*(Autor)*

*Lo peor de cualquier guerra no son los muertos que deja, sino el reflejo oscuro y tenebroso que se introduce en el alma de los niños que la sufren.*

*(Autor)*

*La guerra no mata al hombre, destruye al niño.*

*(Comisario Ernesto Buendía)*

*Sobrevivir a la guerra no fue ningún triunfo, más bien fue un ir hacia la nada.*

*(Comisario Ernesto Buendía)*

*A la memoria* de mi abuelo materno, Francisco Espinosa Arcas, *Pencho*, a quien no pude conocer, dado que murió en una cárcel durante nuestra pasada Guerra Civil.

Para no herir susceptibilidades he dado nombres genéricos a las imágenes de las iglesias.

Así mismo, los diálogos entre los niños no se ajustan del todo a la edad que tienen.

Parecen más niños de lo que realmente son.

Puede que los niños de hace ochenta y un años tuvieran esa ingenuidad que yo les presupongo ahora. Yo mismo, hace cincuenta y tres años y teniendo esa misma edad, era más o menos igual de ingenuo que ellos.

## 1

*Cinco de Diciembre de mil novecientos setenta y tres.*

*Diez y cuarto de la noche.*

*MADRID*

Juan Márquez caminaba abstraído, con la mirada retenida en la superficie del río *Manzanares*. Hacía un tiempo que deambulaba sin rumbo, paseando en soledad por los alrededores del *Puente de Segovia*. Dos horas antes había entrado en la *Ermita de San Antonio de la Florida*, sin una idea preconcebida. Se había arrodillado ante un *Cristo* crucificado: él, un ateo. No le pidió nada a la imagen. Dio por hecho que su confusión le había acercado a aquel mundo tan místico, así que salió de la iglesia con las mismas dudas, con idéntico vacío.

La luminosidad de las farolas proyectaba sobre el acera la sombra de su metro noventa de estatura. Protegía su cuerpo bajo un desgastado gabán de color crema.

Su pensamiento efectuaba un viaje de ida y vuelta, acercándole o alejándole de sus vivencias.

Juan Márquez Luelmo, redactor de sucesos en un diario, solía dividir a las personas en dos grupos: unos eran los de luz, otros los de sombras. Los englobados en el primero eran los nacidos con suerte, por el contrario, los comprendidos en el segundo, vagaban por la vida sin estrella, ubicados dentro del reino de las tinieblas. Su líder: la noche, cómo principio de la nada, cómo un mundo espectral y fantasmal. Así se sentía él: un fantasma sin rostro. Un ente errante que transitaba por las calles solitarias de una ciudad demasiado impersonal.

Juan buscaba esa primicia que siempre se le negaba. Llegar tarde a ella era su constante.

Apretó los puños, rumiando para adentro su pequeña o gran tragedia. Sus ojos centellearon, mientras volcaba a la oscuridad el humo de un cigarrillo.

La noche, cómo protagonista absoluta, parecía absorber todo lo que tuviera vida.

Juan se sentía todavía inmaduro a sus treinta años. Recordó, si bien con algo de amargura, el comentario de una buena amiga: *“Una persona que triunfa joven puede acabar convirtiéndose en un imbécil”*, y él, ciertamente, no había tenido excesivos problemas durante su adolescencia. Por ese motivo, se preguntaba una y otra vez: *¿qué tanto por cierto de exactitud llevaría semejante vaticinio?*

A lo mejor, meditaba mientras iba a ninguna parte, la angustia que sentía se la provocaba la manifiesta animadversión de su jefe. Aquellas pupilas grises, frías cómo el acero, traspasaban su racionalidad, diciéndole sin decir, lo poco que él creía en su persona. Juan sabía que Alfredo estaba hasta las narices de él. De su máximo interés y su nula aportación. Sabía, igualmente, que si Alfredo no hubiera sido su cuñado, hacía ya tiempo que le habrían despedido. Cómo consecuencia tenía muy asumido, que él era el primero en la larga lista de los seres de sombras. Y, aquella noche, idéntica a muchas, le traía tanto de lo mismo: parejas difuminadas en la penumbra de los portales; la incandescencia luminosa de un cigarrillo dentro de un automóvil; pandillas juveniles escuchando la radio a todo volumen en callejones sombríos; ululares de sirenas, si bien algo lejanos; el aire susurrante filtrándose entre las ramas despobladas de los árboles.

Juan llevaba siempre consigo una mochila, y dentro de ella una cámara *Yashica GSN-35* con su teleobjetivo incorporado, pero, aquella noche no le ofrecía nada de especial: su sombra como única compañera, atrapándole, creando un ente negro sin relieve ni forma.



Juan era consciente de que él era sólo deseos y buena voluntad. Nada más que eso.

Llegó al *Paseo de la Ermita del Santo* en aquel recorrido bajo las estrellas, tras haber ido dejando atrás un laberinto de calles, deteniéndose finalmente frente a un *Renault Ondine* metalizado de color gris platino.

Suspiró.

Sacó una llave del gabán y abrió la portezuela del coche. Ya en su interior, dejó la mochila en el asiento contiguo y encendió otro cigarrillo. Bajó la ventanilla dos dedos.

Se miró en el espejo retrovisor: sus ojos azules reflejaban cansancio. El cabello rubio lo llevaba muy rasurado. Los pómulos los tenía anchos y, por el contrario, los labios demasiado finos. Un hoyuelo acogía protagonismo en su mentón. Estaba demasiado pálido. Creyó visualizar el rostro vulgar de un hombre igualmente vulgar o, por lo menos, tuvo aquella sensación.

Exhaló el humo del pitillo que impactó en el espejo retrovisor. A continuación, puso la radio: la romántica voz de *Albano* cobró protagonismo en sus sentidos: *Roma* le llegó como un recuerdo entonces, lejano en el tiempo, cercano en la memoria. Un viaje como fin de estudios y un deseo irreprimito tras echar algunas monedas en la *Fontana Di Trevi*:

### *“Libertad de Expresión”*

El locutor se dirigió a sus oyentes:

*“Quiero confesaros algo —dijo—. Estoy enamorado y ¿sabéis de quién? Sí. Habéis acertado. Os amo. Amo con pasión a los lobos solitarios que a su vez amáis la noche.”...*

La voz fue perdiendo fuerza en su subconsciente, a medida que creyó visualizar a alguien que, emboscándose tras unos setos, fue avanzando con lentitud, parapetándose finalmente tras el tronco de un plátano de sombra. Apenas les separaban treinta metros.

Juan aplastó la colilla en el cenicero y acercó el rostro todo lo que pudo al parabrisas, para observar así mejor al individuo, que ahora se agazapaba tras un murito de ladrillos.

Entretanto: una legión de puntos luminosos destellaba en el cielo.

Juan creyó escuchar el sonido de una sirena cercana.

El sujeto se pertrechó todavía más en su escondite improvisado y, Juan, intuyendo una noticia importante en aquello, sacó la cámara de la mochila con acusado nerviosismo. Enfocaba al desconocido, cuando el flash se le disparó sin quererlo. El hombre se volvió ante el destello producido y observó a Juan con mirada indefinida.

Entonces...todo sucedió demasiado deprisa.

El individuo abandonó su escondrijo y fue hacia el automóvil de Juan, que no pudo verle el rostro, al quedar desdibujado por las sombras de la noche.

Un golpe, efectuado con violencia, hizo trizas el parabrisas delantero y, acto seguido, un bate de béisbol fue directo hacia la cabeza de Juan que, al agacharse, evitó el golpe, que se perdió en el vacío.

El desconocido saltó sobre la carrocería y blandió nuevamente el bate.

Juan abrió la portezuela del acompañante y se tiró a la acera, mientras otro golpe rompía el salpicadero.

Juan se incorporó y echó a correr, dejando la cámara a su suerte.

La calle se le asemejó una pista de atletismo muy especial, donde competían sólo dos atletas. Pista sin meta alguna. Sin ganador ni perdedor. Lo único que contaba era sobrevivir.

Jamás se le hicieron más largos unos minutos. Ni más intensos. Ni más dramáticos...

Jadeaba. Él solo en medio de la gran ciudad. Su corazón, igual que sus pulmones, estaba a punto de estallar. Corría, teniendo al miedo como único aliado. Era un cobar-

de y se daba cuenta de ello, pero, aquel sujeto le provocaba un terror indefinido. Su estatura no le servía de mucho en aquel momento, tampoco sus ochenta kilos de peso, menos aún su juventud. Lo que privaba era el horror más absoluto y éste no entendía de héroes.

A lo largo de la calle y como testigos indirectos de aquella carrera se hallaban los árboles y farolas.

Se encontraba exhausto y sus piernas no le obedecían. Se detuvo y miró hacia atrás: nadie le perseguía.

Se tiró al suelo con el corazón brincándole. Había perdido un zapato durante la carrera. Se sintió la *Cenicienta* trágica de una noche a su vez trágica.

De pronto, cómo a unos doscientos metros, se alzó una llamarada que ascendió con rapidez al firmamento, dejando en él su impronta anaranjada, llamarada que fue seguida por una fuerte explosión.

Juan supo qué había sucedido: su *Renault Ondine* acababa de volar por los aires.

Se levantó, mientras una nube gris se extendía por el cielo oscurecido. Contemplando el espectáculo se reafirmó en su teoría: él, y sin ningún género de dudas, era el *Rey del mundo de las sombras*.

Se rio con amargura, pues, hoy y a su pesar, él mismo había sido la noticia.

El sonido de las sirenas se escuchaba cada vez más próximo.

Se quitó el polvo del gabán con la mano y desanduvo lo recorrido, para recuperar el zapato y la cámara, así como para comprobar qué había quedado del vehículo.

Se alejaba del lugar, cuando dos automóviles policiales se detuvieron a su lado, mirándole los agentes con cierta extrañeza, mientras él les enviaba una sonrisa ácida.

La noche se había vuelto más fría. Juan tuvo la sensación de que hasta el firmamento constreñía su ánimo.

—¿Qué le ha sucedido? —le preguntó uno de los agentes, de fuerte complexión y cabello canoso.

Juan asintió y bajó la mirada al acerado. Le dolía todo el cuerpo.

—Es una historia demasiado larga —apuntó, clavándose sus ojos azules en las pupilas negras del policía.

—Pues, si lo estima oportuno: comience por el principio.

## 2

El sonido repetitivo del teléfono martilleó el subconsciente de Juan que, incapaz de abrir los ojos, se removió inquieto en la cama, enredado como estaba entre un amasijo de sábanas y mantas. Los músculos los tenía demasiado tensos, cómo si hubiera estado corriendo toda la noche. ¿Corriendo? Su cerebro atrapó aquel pensamiento. Sólo así pudo abrir los párpados, mientras el teléfono seguía sonando con insistencia. Lo descolgó finalmente.

—¿Sí? —su voz apenas fue un susurro.

—¿Sabes qué hora es? —el tono enfadado y enérgico de Alfredo disipó su último sopor. Juan se incorporó de la cama, atusándose el corto cabello en un gesto puramente mecánico.

—No —acertó a decir al fin.

—¡Las nueve! —gritó Alfredo— ¡Hora en la que deberías estar ya trabajando!

Se creó un silencio involuntario.

—¿Cómo me duele —siguió Alfredo gritándole— que el periodista que tengo para sucesos, se entere de ellos cuando los ve publicados en otros medios! ¡Anoche han asesinado brutalmente a una mujer!

Las palabras de su cuñado le arañaron en lo más profundo de su autoestima. Sus ojos acogieron algo de brillo y su cuerpo se tensó ligeramente.

—¿Dónde? —preguntó Juan temiendo la contestación.

—¡Vente al periódico y según empiezas a trabajar te lo cuento!

Alfredo colgó muy disgustado y Juan se quedó con el auricular en la mano. A su cerebro llegaron las imágenes de la noche anterior: el desconocido que quiso matarlo. La posterior explosión de su automóvil y el breve interrogato-

rio que mantuvo con la policía en la calle. Él no les contó nada sobre su encuentro con aquella bestia desatada y, menos aún, que él fuera el propietario del vehículo incendiado. No quiso pasarse la noche entera en una comisaría dando pelos y señales de lo sucedido. Alegó que era periodista y, tras mostrarles sus credenciales, le preguntaron por su aspecto, y él les respondió que había corrido tras un taxi sin éxito. Recordó cómo le miraron los agentes, que le indicaron no se extrañara si era llamado a declarar. Los policías no entraron en mayores disquisiciones y él tampoco se las pidió. Ahora tenía que solucionar tres problemas. El primero: en cuanto la policía averiguara la identidad del dueño del automóvil quemado, se preguntaría por qué no quiso decirles nada al respecto, cuando le abordaron en la calle, muy cerca del lugar donde se produjo la explosión. El segundo: ¿cómo explicaría a su cuñado lo sucedido en aquella noche tan infernal?, y el tercero y quizás más preocupante: ¿quién le pagaría un coche nuevo ahora?

Él, Juan Márquez Luelmo: *el Dios absoluto del reino de las sombras*.

## 3

Un taxi le dejó, una hora después, en la confluencia de las calles *Altamirano con Tutor*, frente a la sobria fachada del diario "*El Sueño*". Su lugar de trabajo.

El cielo mostraba un aspecto plomizo.

Las nubes, que se agrupaban, amenazaban con tormenta, anticipada ésta por un vendaval que hacía ondear las banderas nacionales que estaban situadas en la parte más alta de aquel edificio de cinco plantas.

Juan se subió la solapa del gabán.

Los remolinos llevaban el polvo de las aceras de un lugar a otro.

Juan empujó con decisión la puerta giratoria del inmueble. El periódico, en aquella hora matutina, se hallaba en plena catarsis.

Juan suspiró y, tras sortear a algunas personas, se montó en uno de los ascensores que lo llevó a la tercera planta. Ya allí, pasó entre mesas, sillas y máquinas de escribir, hasta que llegó ante la puerta del despacho del *Redactor Jefe*, golpeando en ella con moderación.

—¡Adelante! —dijo Alfredo desde dentro.

Juan entró en el despacho. Su cuñado se hallaba sentado en un sillón de color negro tras el escritorio, con la mirada retenida en algún punto indefinido de la mesa. A su espalda se visualizaba un ventanal: la luz huía. Un retrato del *Generalísimo Franco* colgaba en una de las paredes. A la derecha del escritorio se asentaba una estantería con un número indeterminado de periódicos y libros.

Juan se dirigió hacia su cuñado, sin que éste le prestara la mínima atención y se ubicó frente a él en una silla.

Pasaron unos segundos interminables, sin que ninguno de los dos se decidiera a hablar. Les llegaba el sonido